



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Paz europa-paz global

Autor: Levi, Arrigo

Forma sugerida de citar: Levi, A. (1998). Paz europa-paz global. *Cuadernos Americanos*, 5(71), 37-45.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 71, (septiembre-octubre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Paz europea-paz global

Por Arrigo LEVI
Primer Vicepresidente, SEC

1.

ES EMOCIONANTE que esta Asamblea de la SEC, que tiene por tema la paz global y Europa, se celebre en Turín: la ciudad italiana de la que ha partido el Risorgimento que ha unificado Italia y, a la vez, la más europea. Y también la ciudad donde he transcurrido los años más intensos y emotivos de mi vida, donde tengo muchos amigos y más que amigos, viejos camaradas de la que fue una batalla por el alma y el futuro de nuestro país. Lo que estaba en juego era el futuro de Italia como democracia y como nación europea. Las dos almas de la Europa del siglo xx se encontraban cara a cara: el alma democrática y el alma revolucionaria, el alma pacífica y el alma violenta; fue el momento final de una larga historia, un largo círculo vicioso de la civilización europea en el siglo de los holocaustos, de las grandes guerras mundiales, el siglo de los mitos totalitarios, comunista y fascista, que prometían a las masas construir un mundo nuevo por medio de la violencia. El mito de la revolución y de la violencia se encontró una vez más, quizá por última vez, cara a cara con la democracia. Lo irracional contra la Razón. Y no se trataba de un juego, de un "psicodrama" como Raymond Aron definía los hechos de mayo, la *révolution introuvable* de 1968 en Francia, era un desafío real, un verdadero conflicto que provocó víctimas que no hemos olvidado. El reto, este último reto para la democracia, cesó; la historia de Italia (y con ella la de Europa) reanudó su curso, se salvó la democracia. Pero probablemente se trató sólo de una etapa en un largo camino hacia la paz. La historia continúa, con sus misterios. En los últimos años del siglo xx, la democracia y la paz han ganado la partida: en Europa y en el mundo la guerra fría ha terminado según nuestros deseos y sin el empleo de las armas, de manera pacífica. Pero tenemos ante nosotros un difícil recorrido, peligroso, lleno de incógnitas, y el problema de la paz continúa siendo objeto de nuestras inquietudes...

2.

EN este momento, el de nuestro encuentro, la atención está centrada en el Golfo, hacia una nueva crisis, en la que individualizamos todos los peligros: un régimen totalitario que quiere dotarse de armas terminales, las más terribles, químicas, bacteriológicas, en un futuro incluso atómicas, las armas del apocalipsis, para usarlas algún día contra sus vecinos. No olvidemos que la guerra de 1980-1988, entre Iraq e Irán, provocada por Iraq, causó más de un millón de muertos. No olvidemos tampoco la guerra de 1990, con la ocupación de Kuwait y la amenaza a todo el mundo árabe. No olvidemos que el régimen iraquí ha hecho ya uso de armas químicas contra los curdos, en marzo de 1988. Así pues, el peligro es real, el peligro es inmenso, aunque algunos no quieran reconocerlo ... Pero ¿la intervención militar es un instrumento capaz de alejar este peligro? Nadie puede estar seguro de ello. Los pueblos dudan en dar su fallo, y sobre todo las instituciones globales, en la medida que respondieron al desafío, han demostrado en esta ocasión, una vez más, su imperfección, empezando por la ONU. Y Europa se ha dividido también, nuevamente, sobre su política exterior.

Otra vez, la paz que bien o mal hemos asegurado a nuestros países y a toda Europa durante la segunda mitad del siglo (hemos evitado una tercera guerra mundial), no es “una paz que no tenga como alternativa la guerra”, ni en Europa ni ciertamente en el mundo. Dicha paz puede ser, quizás, sólo una tregua entre dos guerras. Y, por otra parte, ¿qué tregua? La responsabilidad de la guerra balcánica que estalló sobre las ruinas de Yugoslavia recae, en primer lugar, sin duda, sobre pueblos que se han combatido con una ferocidad que se pensaba perteneciente al pasado, en nombre de valores que nosotros rechazamos; pero también es un fracaso del sistema europeo, de las instituciones europeas y mundiales e incluso, de nuevo, de la ONU.

3.

Así pues, llenos de dudas, nos encaminamos hacia el nuevo siglo, hacia el nuevo milenio. Nos preguntamos: ¿qué puede hacer Europa para construir una verdadera paz europea que sea también la base de una paz global? En el siglo que se termina Europa ha

globalizado sus guerras. Hay que reconocer que la Primera y la Segunda Guerra mundial, así como la guerra fría, han sido guerras europeas que se han globalizado: es una enorme responsabilidad que nos incumbe. ¿Podrá Europa, ahora, globalizar ya no sus guerras sino la paz que, si bien imperfecta, ha conseguido construir con tanto esfuerzo? ¿Podrá perfeccionar y globalizar su paz tras haber globalizado sus guerras?

Y hay también otras preguntas que nosotros, en cuanto SEC, tenemos que hacernos: ¿podemos con nuestras ideas y valores contribuir todavía a comprender el mundo de hoy y el de mañana, con sus problemas? ¿Tenemos algo que decir, tras la guerra fría? ¿Nuestra filosofía universalista es aún válida para Europa y, sobre todo, a escala global? ¿Nuestros objetivos y nuestros sueños, los mismos de Umberto Campagnolo y, por encima de todo, el proyecto de un orden jurídico universal capaz de controlar los Estados y, especialmente, las razones de los Estados, repito, nuestros objetivos y nuestros sueños serán capaces de ejercer una influencia real en la sociedad del siglo XXI y contribuir a la creación de nuevas instituciones globales capaces de gobernar el “globalismo imperfecto” de nuestra época de transición?

4.

HOY nuestra reflexión debe tratar sobre Europa: el caso de Europa en el marco global, mirando al futuro con el objetivo, o el sueño, de construir “una paz que no tenga como alternativa la guerra”. Ciertamente, el balance del siglo es más positivo de lo que se podía pensar hace algunos años. Por lo menos existe un lado positivo del balance que se puede contraponer a su lado negativo, que he resumido antes diciendo que Europa ha “globalizado sus guerras”. Menciono solamente el final de los imperios coloniales, más o menos voluntario y nunca pacífico, pero inspirado en las ideas e ideales de libertad de los propios países coloniales, y que ha sido acompañado por la difusión en el mundo de una cultura, de unos valores y de unas instituciones políticas procedentes de la tradición liberal y democrática europea, y también por la difusión de una cultura económica, de una ciencia, de una medicina, de una tecnología que, por primera vez en la historia, está a punto de sacar de la desesperación, de la pobreza y del hambre a millones de personas; y también por la creación de una estructura institucional global que, a pesar de su actual imperfección, empieza a trazar un

proyecto de gobierno global de los conflictos y de las amenazas políticas o ecológicas, para la supervivencia y el bienestar de todos. Europa, con su cultura, ha sido el origen de muchos males pero también de muchos avances positivos en la historia del mundo contemporáneo. Incluida la ideología universalista y, en materia religiosa, ecuménica, que viene de muy atrás en nuestra historia y que mira muy lejos hacia el futuro de toda la humanidad.

5.

PERO, la historia de Europa y de la unificación europea, aunque incompleta e imperfecta, puede ser, es más, es, el regalo, la herencia más importante que el mundo pueda recibir de nuestra civilización. Se puede medir el camino que hemos recorrido en Europa hacia una cultura de la paz y del entendimiento entre los pueblos, solamente si se recuerda de dónde hemos partido, a inicios de siglo, y cuáles han sido las locuras que hemos dejado atrás: la insensatez y la tragedia de la Gran Guerra, la locura de los totalitarismos y la locura y los holocaustos de la Segunda Guerra mundial. Ciertamente, los Estados nación se han comportado, en la primera mitad del siglo, como esos seres “sin voluntad ni inteligencia” de los que hablaba Campagnolo.

Tras cincuenta años, los viejos Estados de Europa occidental (al principio eran sólo seis, son más numerosos hoy y lo serán todavía más dentro de unos años), han empezado a crear instituciones para regular sus relaciones y para el gobierno de sus asuntos económicos y políticos a los cuales han cedido, poco a poco, porciones cada vez más importantes de su soberanía. Pronto se tratará de tener en común uno de los elementos esenciales de la soberanía de los Estados como es la moneda: se franqueará una frontera que, como ya en el pasado, conducirá a traspasar otras. Al mismo tiempo, con el Tratado de Amsterdam, en principio se ha decidido tomar nuevas iniciativas en asuntos de política exterior, incluyendo la atribución al secretario general del Consejo de Europa de la calificación de “alto representante para la política exterior y de seguridad común”, convirtiéndolo, casi, en un ministro europeo de asuntos exteriores, hechos que, aun sin ser una gran cosa, son ya un pequeño paso en la dirección correcta; veremos si funciona.

6.

Las resistencias a la “europeización” de la política exterior son inmensas, no sólo por parte de los Estados y las burocracias, sino también por parte de los pueblos y de las élites políticas nacionales, con sus diversas culturas y sensibilidades. Pero es cada vez más evidente para todos que las políticas nacionales por separado son muy poco eficaces y ya no responden a los intereses y a las exigencias de cada país y de toda Europa. En los Balcanes, fue sólo la intervención militar norteamericana la que dio al papa la fuerza suficiente para poner fin a la guerra y a las masacres que provocaba.

Así pues, esperan a Europa ingentes tareas. Todo lo que ha hecho hasta ahora podrá parecernos poca cosa en comparación con lo que le queda por hacer. Más allá de la gran aventura de la moneda europea y de las iniciativas institucionales políticas, hoy en día imprevisibles, que se harán necesarias, más allá de la evolución de una política exterior y de defensa comunes, será necesario inventar y construir instituciones funcionales para una Unión Europea que comprenda más de veinte Estados miembros, que pronto llegará con sus confines a tocar los inmensos espacios de Rusia --el Estado-continente, cuya historia es una parte de la historia y de la civilización de Europa pero que también constituye un puente entre Europa y Asia. Será necesario inventar, repito, en un espacio político en el que han existido decenas de Estados, uno al lado de otro, y a menudo uno contra el otro durante siglos y milenios, un nuevo “animal político” que nunca antes ha existido en la historia. No será un imperio: tras Roma, ninguna de las grandes potencias europeas, ningún hombre de Estado europeo, de Carlos V a Napoleón, de Hitler a Stalin, ha conseguido jamás unificar Europa bajo su mando. Federación o Confederación, la Europa unida del mañana no se parecerá a ningún Estado multinacional de la historia a pesar de que la expresión Estados Unidos de Europa sea la que más seduce y la que más quiero.

7.

PERO ¿por qué cultivar estos proyectos europeos? ¿Son verdaderamente necesarios y por qué? ¿Para los europeos? ¿No es ya suficiente lo que tenemos? ¿O lo que de todas formas tendremos dentro de unos años, es decir, nuestra Unión Europea ampliada, nuestro

Pacto Atlántico ampliado, más la CSCE, más nuestra buena relación de *partnership* política y militar con Rusia? Para responder a todo ello es necesario, creo yo, volver a la visión original que Umberto Campagnolo tenía de las relaciones entre los Estados, una visión concebida en los momentos de la guerra fría, pero que no estaba totalmente asociada a ella, tanto es así que hoy es más válida que nunca y lo será todavía más en el futuro. Hemos salido de una época de grandes conflictos ideológicos entre la democracia y los totalitarismos que han dominado el siglo que termina y que habían, por decirlo de alguna manera, hecho pasar a segundo plano las políticas y los intereses de los Estados nacionales. Se vuelve ahora a la condición natural, tradicional, de una sociedad internacional, que hoy es aquella global, en la que los actores principales son una vez más los Estados, las grandes potencias especialmente. En el escenario global del siglo XXI las grandes potencias serán cinco o seis por lo menos: Estados Unidos, Rusia, China, Japón y Europa, siempre y cuando Europa llegue a ser una gran potencia. Se habla también de la posibilidad de “conflictos entre civilizaciones”, una perspectiva algo menos clara pero que puede contener elementos de verdad realmente importantes. Y bien, a lo largo de la historia, los sistemas multipolares, fundados en el equilibrio entre las potencias, han sido sistemas muy inestables en los que la paz ha sido solamente una tregua entre dos guerras. ¿Podemos esperar que el nuevo sistema global sea más estable que el “concierto europeo” del siglo XXI o que el equilibrio entre los Estados regionales en la Italia del Renacimiento? ¿Por qué las grandes potencias de hoy y del mañana tendrían que ser más racionales que las del pasado?

8.

YO creo que conocemos la respuesta, y no es tranquilizadora. Existen, es cierto, una o dos razones importantes para disuadir a los Estados del siglo XXI de hacerse la guerra. La primera es, sin duda alguna, la existencia de las armas nucleares que convertirían una guerra en algo tan destructivo para todos que llega a ser irracional prepararla: pero han existido muchas guerras “irracionales” que se han hecho por el convencimiento de que el otro, el adversario, preparaba la guerra. En 1914 ningún Estado quería una gran guerra europea pero se produjo, tras una serie increíble de errores y de malentendidos. Y, por otra parte, el potencial destructivo de una

guerra nuclear, química o biológica, es tal que un único error sería fatal —y en la vida se cometen siempre errores.

También es cierto que el nivel de interdependencia entre los Estados ha aumentado notablemente y que nos damos mucha más cuenta de que el bienestar de cada uno depende del bienestar de todos, lo cual alza el costo y disminuye las posibles ventajas de una guerra. Así pues, podemos esperar que estos dos factores conduzcan a los Estados, en la Edad del Globalismo, hacia una lógica y una política que nosotros, europeos, podríamos llamar “comunitarias”. Lógica y política que están a punto de llevar a los Estados europeos hacia un sistema de instituciones transnacionales y supranacionales que un día permitirá a Europa vivir en un estado de paz “que no tenga como alternativa la guerra”.

El ejemplo de Europa es importante, y el mundo entero lo reconoce (o quiere imitarlo) porque permite imaginar una evolución gradual y pacífica del sistema global, que actualmente se funda en los Estados nacionales, hacia un sistema global basado en la exigencia de instituciones supranacionales capaces de conducir a la globalización “universalista” o, como diría Leopoldo Zea, “horizontal” y democrática y no “vertical” o imperialista. Pero el ejemplo de Europa también nos dice que los tiempos de tal evolución son forzosamente muy largos: tenemos pues que imaginar una transición de generaciones que podría ocupar, si todo va bien, la mayor parte del siglo XXI, antes de alcanzar el resultado, que todos soñamos, de un orden jurídico universal de paz “que no tenga como alternativa la guerra”.

9.

EL problema que nos queda es, pues, el de asegurar la mayor estabilidad posible al cuadro global multipolar durante esta larga y peligrosa transición. Yo pienso que la contribución de Europa a este proyecto de “evolución dentro de la estabilidad” será indispensable. Las instituciones transnacionales y supranacionales que existen actualmente, de la ONU a la Organización Mundial del Comercio, pasando por la CSCE, están profundamente enraizadas en la cultura política europea y occidental. Su desarrollo y su crecimiento son impensables sin la contribución de ideas y recursos de Europa y del mundo occidental. Pero el *balance of power* global, el equilibrio global de las fuerzas dependerá mucho, también, de la existencia de un pilar europeo y occidental sólido: un pilar polí-

tico, económico y estratégico que es inconcebible sin una importante presencia y contribución europea, más allá de la que existe hoy en día.

En este cuadro global se encuentra todo: la conclusión de la unificación europea es previa para la transición hacia un orden jurídico global de la paz, hacia una paz global que no esté basada en el “equilibrio del miedo”, una paz que verdaderamente no tenga como alternativa la guerra. De todas maneras, tenemos que plantearnos la siguiente cuestión: ¿Las premisas, las precondiciones de tal evolución existen actualmente en Europa y a escala global?

10.

Yo creo que la respuesta es negativa. Lo más grave, tanto en el plano europeo como en el global, es que tanto los Estados como los pueblos no están preparados para tal transición: la cultura política de los pueblos y no sólo de las élites y de los partidos políticos, todavía no es lo suficientemente “universalista” para permitir la creación de instituciones que generen el “orden jurídico mundial” con el que soñaba Umberto Campagnolo. Esto quiere decir que se tiene que realizar un inmenso esfuerzo, con la contribución de todos los hombres y de todas las instituciones de “buena voluntad” para educar a los pueblos, a las élites políticas, a las opiniones públicas en Europa y en el mundo. Evidentemente, tendremos que empezar por Europa y nuestros vecinos: incluyo entre nuestros vecinos, no es necesario decirlo, a las Américas y a Rusia, aunque será necesario mirar más lejos, hacia las nuevas potencias asiáticas, empezando por el Japón al que, como viejo “trilateralista”, no puedo olvidar. Sencillamente es necesario cambiar el cerebro de las personas, empezando por el nuestro y por el de quienes están más cerca.

¿Se trata de una utopía? Campagnolo habría respondido, creo, que la verdadera utopía es imaginar que se pueda asegurar a los pueblos, a las nuevas generaciones, una paz “que no tenga como alternativa la guerra” sin cambiar el sistema internacional basado en la multiplicidad de los Estados. Es igualmente una utopía pensar que se pueda cambiar el sistema internacional sin cambiar la cultura política de los pueblos. Después de todo, está bien lo que se ha hecho o que se ha empezado a hacer en Europa durante la última mitad del siglo xx: la empresa parecía igualmente utópica cuando se comprometieron en este camino hace ya mucho tiempo,

como reacción a la Primera Guerra mundial, incluso antes del final de la guerra y pienso al llamamiento contra “la masacre inútil” del papa Benedicto XV, en 1917, y, después de la guerra, a los estudios y libros que en aquella época fueron considerados como utopías. Se dirá que nuestras fuerzas son muy débiles para una tarea semejante, y ciertamente lo reconozco. Pero hoy, ante esta Asamblea, me inclino más bien hacia el optimismo: si la razón no justifica este optimismo, lo puede hacer la fe. No siempre es fácil encontrarla, pero está a nuestro alcance buscarla: como siempre es necesario buscarla en nuestros corazones.

Traducción del francés de Luisa Ibáñez Pelechá